

Claves interpretativas de la obra de José Musso Valiente

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GUERRERO
Universidad de Cádiz

Permítanme que, antes de empezar, formule unas preguntas con el fin de que, como mariposas leves y multicolores, permanezcan sobrevolando en este recinto durante toda mi intervención y, sobre todo, para que, como reiteradas y mansas campanadas, resuenen en nuestras conciencias de manera permanente:

Si aceptamos la afirmación que, según George Steiner, la crítica literaria debería nacer de una deuda de amor¹, ¿no creen ustedes que esta deuda, esta respuesta de amor, debería ser el germen de toda obra literaria y de las diferentes manifestaciones artísticas? ¿Es cierto que, sin una creencia trascendental, el humanismo gira en el vacío? ¿Por qué, después de tantos siglos de civilización, la cultura no ha logrado vencer la violencia y arrancar todos los brotes de crueldad y de violencia?

He de advertir, en primer lugar, que esta reflexión hubiera sido imposible sin la decisiva ayuda de la minuciosa, detallada y documentada obra de don José Luis Molina Martínez. Le doy las gracias a él y a ustedes les ruego que lo consideren a él como el responsable de los posibles valores de este trabajo.

A él, al Catedrático, el profesor e investigador, doctor don Manuel Martínez Arnaldos y al Ayuntamiento de Lorca, también les expreso mi gratitud por la amable y generosa invitación para intervenir en este importante Congreso. He venido con la ilusión de aprender, con el deseo de convivir y con la esperanza de disfrutar con todos ustedes. Muchísimas gracias.

José Musso Valiente fue un intelectual que, apoyado en unas convicciones afincadas en los principios más sólidos de nuestra tradición occidental y alentado

1 George Steiner, *Tolstói o Dostoievski*, Madrid, Siruela, 2002.

por una concepción de la vida humana inspirada en los valores trascendentes de la revelación, sometió a una discusión seria, comprometida y cordial, las diferentes maneras de leer la vida y de vivir la literatura².

Aplicando criterios contrastados, se interesó por los valores religiosos, por los principios políticos, por los criterios estéticos y por las pautas éticas más nobles. Estos rasgos fundamentales de su carácter, de su obra y de su trayectoria profesional representan, a nuestro juicio, su aportación más valiosa al mundo de las ideas, y constituyen un desafío permanente y un acicate estimulante para todos los que estamos interesados por las cuestiones más actuales de la Teoría de la Literatura y, en especial, para los que defendemos la íntima relación y la mutua dependencia que existe entre la vida y el arte³.

Con su labor paradigmática, José Musso Valiente ha marcado unas directrices que nos ayudan a trazar puentes entre disciplinas afines y entre visiones plurales dentro de la historia de las humanidades y, más concretamente, en el ámbito nuestras disciplinas literarias.

Su preocupación permanente por relacionar la vida y el arte, y por colaborar en la supervivencia de valores estéticos acreditados y en el enriquecimiento de los lenguajes humanos y de las obras literarias de las culturas creadas por los hombres, de una forma adecuada a su dignidad, nos orientan y nos estimulan a la hora de abordar los temas que relacionan la literatura con las cuestiones más palpitantes de las ciencias humanas, de los hábitos sociales y de los comportamientos éticos y políticos. Con sus aportaciones sólo se sentirán defraudados quienes necesiten del sectarismo o de la unilateralidad para plantear y para resolver los problemas literarios.

En mi opinión, la contribución más importante es su manera coherente de articular su pensamiento o, mejor dicho, su forma orgánica, racional y humana de construir su teoría: una doctrina global que,

- cimentada en unos presupuestos sólidos, hondos y determinantes,
- orientada por unos principios claros y
- guiada por unas pautas metodológicas precisadas,

2 ...en la honesta medianía, en la ausencia de la desgracia, en la salud, en la libertad, en el honor bien entendido, en ser amado y amar, en la templaza y moderación en los placeres, en el cultivo del entendimiento, en hacer el bien posible a nuestros semejantes, consiste la dicha que podemos disfrutar en el mundo... José Musso, *Cartas de la felicidad*.

3 Como afirma José Luis Molina Martínez, "Su paso por la vida es ejemplarizante y nos permite comprobar su humanidad, su solidaridad, su capacidad de trabajo, su sensibilidad exquisita, sus dotes de mando, su estabilidad frente a las contrariedades que sufre, su dignidad, sus conocimientos" *Obras de José Musso Valiente*, Lorca, Ayuntamiento de Lorca y Universidad de Murcia, pp. 40.

compone un conjunto cohesionado dotado de singular armonía, equilibrio y unidad.

Pero la teoría de Musso, no sólo es un sistema articulado sino, además, un cuerpo doctrinal, un organismo animado, que está inspirado por un espíritu y dotado de vida⁴.

De manera esquemática, apuntaré sus aportaciones más características. Por razón de la estrechez del tiempo y del ritmo de esta charla, evitaré la lectura de sus textos a los que ya se ha referido el profesor Chico Rico.

1. SU SENTIDO DE LA TRASCENDENCIA

La lectura de la obra de Musso me ha evocado aquellas palabras de Stainer, quien en contra de Nietzsche, en su libro *Presencias reales*, plantea que cualquier comprensión coherente de la naturaleza del lenguaje y de su peculiar modo de funcionar, que cualquier explicación coherente de la capacidad del habla humana para comunicar significado y sentimiento está en última instancia garantizada por el supuesto de la presencia de Dios. Mi hipótesis –afirma– es que la experiencia del significado estético –en particular el de la literatura, las artes y la forma musical– infiere la posibilidad necesaria de esta “presencia real”. La aparente paradoja de una “posibilidad necesaria” es, precisamente, la que el poema, la pintura, o la composición musical tienen derecho a explorar y poner en acto⁵.

Para Musso Valiente, la fe es

- una verdad que hemos de conocer, estudiar y aceptar,
- un criterio que hemos de aplicar en el análisis de los asuntos humanos,
- una pauta que hemos de seguir en el desarrollo de las actividades profesionales, sociales y políticas,
- una vida que hemos de vivir.

¿Por qué? Le preguntamos: Y nos responde, porque

4 “Sus obras digamos ensayísticas son, casi todas, meros apuntes que vienen al hilo de sus lecturas o meditaciones que sólo conducen a su perfeccionamiento personal y son muestra de su inquietud intelectual”, José Luis Molina Martínez, *Op. cit.*, pp. 41.

5 George Steiner, *Presencias reales*, pp. 14.

La fe da sentido al mundo

La fe examina en profundidad el mundo y le da sentido; le descubre nuevas dimensiones y le asigna nuevos significados a los objetos y a los sucesos.

La fe interpreta al hombre

La fe identifica las raíces íntimas de las aspiraciones más profundas del hombre, define el sentido de sus pensamientos y capta el calado de sus emociones. La fe nos pregunta sobre las cosas y nos responden sobre nosotros mismos. La fe interpreta un universo distante y, al mismo tiempo, cercano; reconoce el latido diario e íntimo de la propia existencia.

La fe crea una nueva realidad

La fe es una manera de construir un mundo original; es una forma de crear una nueva realidad. La naturaleza era para Galileo un gran libro abierto, pero un libro, añade él, que no está escrito todavía, un libro en blanco donde están aún por trazarse las palabras que le darán sentido. La naturaleza es para Musso Valiente un libro posible que se hace libro porque, a la luz de la Revelación, puede ser leído, interpretado y vivido.

La fe es la vida humana plenificada; no podemos entender el significado y el valor de la vida humana si no identificamos lo que los mensajes de la fe suponen para la vida y lo que la vida aporta a la fe. "Cuando escribe un creyente -afirma- no hace otra cosa que explicar la vida a la luz de la fe". La fe añade más vida a la vida misma, la acrecienta.

Por eso Musso Valiente interpreta la vida del creyente como un mensaje transmitido, sobre todo, mediante el lenguaje del testimonio, mediante los gestos de los comportamientos coherentes.

1. En primer lugar, nos advierte de la condición humana de huéspedes

Pero, a pesar de estas afirmaciones, Musso, reconoce que su paso por esta vida es transitorio; recorre un camino zigzagueante que lo conduce al un fin trascendente y definitivo, una senda marcada por el Evangelio.

Por eso, no se cansa de repetir que, si examinamos el fondo íntimo de las conciencias, si se observan con atención la manera de pensar, de hablar y de actuar de los grupos humanos, fácilmente podremos llegar a la conclusión de que ni el

pensamiento, ni la ciencia, ni la técnica; ni la filosofía ni la política, poseen poder suficiente para orientarnos hacia el bienestar individual ni hacia la paz social. Necesitamos –afirma– que alguien, desde afuera y desde arriba, proyecte luz sobre nuestras vidas; señale las metas e ilumine los caminos.

En todos sus escritos constatamos el convencimiento de esta radical insuficiencia humana, de este carácter transitorio de la existencia terrena, y, por eso, hace una llamada explícita a la trascendencia.

2. En segundo lugar, describe la condición paradójica de la vida humana

En sus escritos, refleja su permanente preocupación por la continua agitación y por los permanentes cambios que experimenta la sociedad y por las contradicciones que sufre el mundo.

Si nos paramos para mirar a nuestro alrededor –afirma–, recibimos la impresión de que habitamos en el patio de un inmenso hospital psiquiátrico: observamos cómo todos andan y desandan el camino, suben y bajan escaleras, afirman y niegan las mismas ideas, aman y odian las mismas cosas. Es evidente que muchos carecen de meta o, lo que es peor, que se dirigen hacia metas vacías. Ser creyente es haber descubierto la meta.

3. En tercer lugar, descubre que todas las realidades materiales son portadoras de significados: son significantes

Musso define, con sorprendente claridad, cómo el ser humano se diferencia de los demás seres de la creación porque, no sólo usa los objetos, sino porque, además, los lee, los interpreta y los valora. Sabe que las cosas y los movimientos poseen un sentido que es necesario descubrir. El creyente es el ser humano que posee una clave diferente que es capaz de penetrar hasta el fondo de los acontecimientos. Esta **clave es la fe**, el único código capaz de leer los renglones torcidos con los que, a veces, escribe Dios.

4. Por eso –y ésta es su cuarta aportación– el hombre ha de estar atento para escuchar y para interpretar correctamente sus mensajes que, en resumen, nos estimulan para que sirvamos a los demás

Dios no hizo, simplemente, el mundo, sino que nos lo hizo a cada uno de nosotros. Dios no habló, simplemente, sino que nos habla a cada uno de nosotros. El creyente que escucha a Dios, habla, trabaja, reza, escribe, enseña, limpia, cocina,

para alguien individual. Cada una de nuestras actividades, cada una de nuestras vidas tienen sentido porque tienen unos destinatarios. Nosotros vivimos para alguien.

5. Pero, en quinto lugar, hemos de traducir los mensajes revelados a los demás con el testimonio de una vida coherente

Repite las palabras de San Pablo en las que afirma de manera clara que: somos espectáculos para Dios, para los ángeles y para los hombres. Nuestras actitudes y nuestros comportamientos explican, mejor que nuestras palabras, nuestra condición de creyentes. Nuestros testimonios constituyen la mejor proclamación laica —no clerical— del Evangelio y nuestras expresiones han de ser el mejor reflejo del rostro amable, sereno, cordial, servicial y sencillo de Jesús. Somos observados con atención y debemos ser contemplados con respeto.

6. En consecuencia de todas las premisas anteriores, Musso Valiente concibe los diferentes poderes sociales y políticos como servicios en el sentido más estricto de este término

Sus explicaciones están fundamentadas en el texto de San Mateo: “Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen. No será así entre vosotros; al contrario, el que quiera subir, sea servidor vuestro y el que quiera ser el primero que sea el esclavo vuestro. Igual que este Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos”. (Mateo, 20, 25-28)

Sin estos cimientos teológicos es imposible interpretar de manera correcta ni valorar de forma adecuada

2.- Sus convicciones éticas

3.- Su compromiso político

4.- Su teoría estético literaria

En este último ámbito de su pensamiento, vamos a centrarnos en la segunda parte de nuestra charla.

Las coordenadas de la teoría estético literaria de Musso —“figura neoclásica e ilustrada”— se enmarcan en el racionalismo característico de la época neoclásicista. Sus cimientos, por lo tanto, se ahondan hasta la Antigüedad grecolatina; éste

constituye paradigma de la creación artística y de la teoría literaria. Éstos son los principios y las fuentes en las que se apoyan sus reflexiones teóricas y sus textos críticos.

Si ahondamos en sus escritos, nos topamos con las ideas procedentes de

- la *Poética* de Aristóteles,
- la *Epístola a los Pisones* de Horacio,
- las *Instituciones Oratorias* de Quintiliano
- y del tratado *Sobre lo sublime* (anónimo, aunque atribuido a Longino).

Bajo el impulso del pensamiento racionalista dieciochesco, Musso recupera y aplica muchos elementos del humanismo renacentista: en concreto, algunas nociones de imitación y algunos principios estéticos:

- la intemporalidad de lo bello,
- la necesidad de unas reglas que encauzan la creación literaria,
- y el gusto por la perfección, la claridad y la sencillez de las estructuras artísticas...

De una manera más concreta, Musso Valiente defiende y aplica el principio de la *verosimilitud*.

Como sabemos, este principio había sido establecido por Aristóteles y mantiene que el objetivo de la Literatura no es reflejar o imitar lo verdadero –lo que ha ocurrido realmente–, sino lo verosímil, lo que puede acontecer o haber acontecido.

Musso hace hincapié en la necesidad de reflejar lo verosímil en la obra literaria, puesto que lo verdadero, a veces, resulta increíble. Recordemos que, en este sentido, Boileau establecía en su *Art Poétique*: “Nunca al espectador ofrezcas lo increíble: / a veces puede haber verdad inverosímil”.

El principio de la verosimilitud, tal como lo entiende en Musso, excluye de la Literatura todo lo insólito, lo anormal y lo fantástico, pero también lo localista. Hemos de tener en cuenta que el Clasicismo y el Neoclasicismo no buscaron lo particular ni lo aislado, sino lo universal y lo intemporal.

LA IMITACIÓN DE LA NATURALEZA

Como ya es sabido, según este principio, el artista debe imitar la Naturaleza estudiándola e interpretándola en profundidad. Recordemos las palabras Boileau: “Sea la Naturaleza vuestro único estudio... / De la Naturaleza no hay que apartarse jamás”.

Pero hemos de precisar que, para Musso Valiente, “imitación” no equivale a calco o copia total, sino a “representación”. “Naturaleza” es la realidad en general, especialmente, la naturaleza humana: todo lo que se relaciona con el hombre, con sus sentimientos, con sus pasiones... “Imitación de la Naturaleza”, por lo tanto, supone, una “reproducción artística de la realidad”.

Pero esta manera de interpretar la Naturaleza resultó a veces ambigua: de ahí que sus planteamientos puedan resultarnos contradictorios. Así pues, en ocasiones, la define

- Un *reflejo fiel* de la vida cotidiana, que excluye lo maravilloso y lo sobrenatural.
- Una reproducción de los elementos más *bellos* de la realidad, que excluye lo desagradable, lo bajo y lo mezquino (siguiendo un principio de la *Poética* horaciana, según el cual en la tragedia no se pueden representar acciones violentas).
- Una representación de todo aquello que tiene un carácter *universal*, que excluye lo concreto y lo particular.
- Una recreación *idealizada* de la realidad, realzada y perfeccionada por el poeta.

LA TEORÍA DE MUSSO HEMOS DE DEFINIRLA COMO INTELLECTUALISTA O RACIONALISTA

En realidad, podemos afirmar que este principio motor de toda su teoría literaria. El sometimiento a la razón supone llevar a la práctica el “buen sentido” que regula y pone freno a la imaginación y a la fantasía. El “buen sentido” opera tanto sobre el escritor como sobre el lector: ayuda al primero en la redacción de sus textos y sirve de guía al segundo para que la entienda y valore adecuadamente.

Para él la **razón** es un principio inmutable y universal, ajeno a todo cambio espacio-temporal. Esta concepción atemporal y atópica de la razón tiene una serie de consecuencias más concretas:

- la creencia en una belleza y en un gusto universales,
- la defensa de las reglas y de la imitación de los autores greco-latinos,
- la aceptación plena de los tratadistas de la Antigüedad (en especial, de Aristóteles),
- y el que las obras se caractericen por su equilibrio, por su sobriedad y por su claridad.

Posiblemente este racionalismo tuvo como consecuencia que, sus textos adolezcan, a veces, de rigidez, de sequedad, de prosaísmo o de falta de imaginación.

Otra consecuencia natural de esta “racionalización” es la aceptación, incluso el sometimiento, a las llamadas “reglas aristotélicas” y a los grandes autores de la Antigüedad grecolatina –Eurípides, Sófocles...– cuyas obras, en realidad, son las que respaldan las reglas.

José Musso Valiente defiende que cada género literario tiene sus propias reglas específicas, relativas al contenido, a la disposición de sus elementos y al estilo. Como es fácil de imaginar, para él adquirieron especial relevancia las tres reglas (unidad de lugar, de tiempo y de acción) referidas a la tragedia. Aunque estas tres reglas se atribuyan comúnmente a Aristóteles, hay que tener en cuenta que en la *Poética* sólo aparece claramente formulada la unidad de acción: las referencias a las de lugar y de tiempo son mínimas. Pero los comentaristas italianos de la *Poética* –en especial, Castelvetro–, basándose en razones extraliterarias, confirieron un carácter diferente a estas tres unidades:

Su actitud racionalista le condujo al establecimiento de una jerarquía entre las reglas, distinguiendo entre las “reglas generales del arte” –equilibrio entre fondo y forma, la necesidad de que la obra agradara...– y las “reglas particulares” de cada género, que el autor podía modificar o incluso ignorarlas.

EL DECORO

Como ya hemos indicado, este concepto fue utilizado especialmente a partir de Cicerón, y se refiere a la adecuación que deben guardar entre ellos todos los elementos que configuran una obra artística. Durante esta época tendrá una doble acepción:

- a) Decoro “interno”: trata de la armonía, de la coherencia entre todas las partes que forman la obra literaria, de las características psicológicas y sociológicas de los personajes y el comportamiento de los mismos, y de la correspondencia entre las costumbres de una época o un país con la verdad histórica. Se trata de una acepción del “decoro” muy relacionada con la “verosimilitud”.
- b) Decoro “externo”: se relaciona con la “propiedad” (bienséance). Se exige una adecuación entre la obra literaria y el público, que implica la necesidad de que el autor respete la moral y las costumbres sociales de una época. En nombre del “decoro” (del respeto debido al público), el autor debía evitar –sobre todo en las obras teatrales– asuntos desagradables, osadía en las descripciones de la vida sentimental, alusiones a actos de la vida cotidiana, así como vocablos y expresiones demasiado “realistas” o usuales.

Este excesivo cuidado del “decoro” provocó que muchas obras literarias quedaran muy empobrecidas: de un lado, se limitaban los contenidos, ya que determinados temas estaban prohibidos; de otro, el uso de la lengua —restringido por numerosos “tabúes”— resulta rígido, artificial y anquilosado.

EFFECTOS DE LA OBRA LITERARIA SOBRE EL PÚBLICO: AGRADAR Y MORALIZAR

En gran medida, se mantenía la reflexión horaciana sobre la finalidad de la obra literaria —“aut prodesse... aut delectare”—. Aunque algunos escritores consideraban que la función de la obra literaria era exclusivamente la deleitosa, la mayoría de los críticos neoclásicos defiende que ésta tiene una utilidad eminentemente moral. Otros, más conciliadores, adoptan la doble fórmula que traducen como “enseñar deleitando”. Hay que tener en cuenta que, a lo largo de todo el siglo XVIII, un gran número de pensadores estuvo ocupado en deslindar los conceptos de *bueno, útil, verdadero y bello*.

Si bien es cierto que el Neoclasicismo no supuso una aceptación plena del arte como vehículo de placer, tampoco llega a identificarse con una literatura totalmente moralizadora. En realidad, el Neoclasicismo se ocupó casi en exclusiva de todo aquello que afectara al ser humano, y de los medios más adecuados para que consiguiera su bienestar, su felicidad. En este sentido, puede decirse que las obras literarias cumplieron a menudo una función pedagógica.

“Así que el primer problema contra el que luché en todos mis libros y en toda mi enseñanza es muy simple: ¿por qué las humanidades, en el sentido más amplio de la palabra, por qué la razón de las ciencias no nos han proporcionado protección alguna contra lo inhumano? ¿Por qué, efectivamente, es posible tocar a Schubert por la noche y marchar por la mañana a cumplir con sus obligaciones en el campo de concentración? Ni la gran lectura, ni la música, ni el arte han podido impedir la barbarie total. Han llegado a ser la decoración de esa gran barbarie, si hay que decirlo todo. A menudo han proporcionado un decorado, una *floritura*, un hermoso marco para el horror. El señor Giesecking tocó Debussy —de manera incomparable, parece— mientras se oían los gritos de quienes pasaban por las estaciones de Munich rumbo a Dachau. Era en medio del campo de Buchenwald y allí, la famosa *Buche*: el árbol preferido por Goethe. Deliberado simbolismo nazi. Y los ejemplos se multiplican y se multiplican...”⁶

6 George Steiner en diálogo con Antoine Spire, *La barbarie de la ignorancia*, Madrid, del taller de Mario Muchnik, pp. 59.

Ayer nos explicaron cómo Musso era un neoclásico, un hombre honrado, una bella persona, un ciudadano leal y, sobre todo, un *vir bonus*, un varón bueno y, por lo tanto, políticamente incorrecto. En esta charla he pretendido ahondar en las raíces profundas de su solidez científica, en el sustrato de su coherencia moral, en la pureza y decencia de sus intenciones, en el sustrato de su equilibrio psicológico. He intentado identificar las fuentes en las que bebe y se nutre, en la doctrina en la que se asienta su imponente estatura humana y humanista, las claves de su febril, impulsiva, multidisciplinar y fecunda actividad.

